Entrevista a Gabriela Cicalese: “Estamos formando más comunicólogos que comunicadores”. La formación universitaria en comunicación ante el SACAU.

POR PAULA MARTÍN

Cómo citar: Martín, P. (2026). Entrevista a Gabriela Cicalese:«Estamos formando más comunicólogos que comunicadores». La formación universitaria en comunicación ante el SACAU. *Revista Argentina De Comunicación*, 14(17), 60-68.

CC BY NC SA

La formación universitaria en comunicación atraviesa en la Argentina un momento de redefinición. La implementación del Sistema Argentino de Créditos Académicos Universitarios (SACAU), la reducción de los planes de estudio a cuatro años y la aceleración de las transformaciones tecnológicas vuelven a interpelar a las carreras sobre qué comunicadores y comunicadoras forman y para qué sociedad.

En esta entrevista, Gabriela Cicalese —Docente y Directora de la Licenciatura en Comunicación Audiovisual (a distancia) de la UNSAM— parte de su investigación doctoral sobre los procesos de institucionalización de la formación en comunicación desde los años setenta y lee la coyuntura actual a la luz de esa historia. Sostiene que las carreras respondieron a cada demanda de época con una lógica autorreferencial, y que la Ley de Educación Superior de los noventa consolidó una «industria académica» que se valida hacia adentro. Por eso advierte que hoy se forman más analistas que profesionales capaces de producir y gestionar procesos comunicacionales. La conversación aborda también las tensiones que introduce el sistema de créditos, la escasez de tiempo como problema pedagógico, las trayectorias estudiantiles en la educación a distancia y la necesidad de recuperar la voz de quienes ejercen la profesión fuera de la universidad.

¿Cómo describirías el estado actual de la formación universitaria en comunicación en la Argentina, considerando los cambios políticos, tecnológicos y pedagógicos en perspectiva con lo que abordaste en tu investigación doctoral?

Gabriela Cicalese: La tesis de doctorado se presentó en 2008. El trabajo de campo terminó en 2005; o sea, estamos hablando de un trabajo de historización que va desde

los años ‘70 hasta hace veinte años. Y se puede decir que hoy es otro momento y otro debate. Pero si lo entendemos en clave de procesos de institucionalización de la formación, lo cierto es que ya en ese entonces yo había visto por lo menos cuatro grandes momentos o etapas.

El momento de constitución, a comienzos de los ‘70, antes de la dictadura, cuando había muy pocas carreras de comunicación y venían de la mano de demandas puntuales. En cada momento histórico siempre hay una demanda social sobre el comunicador o la comunicadora que la sociedad necesita. En algún momento necesitás técnicos; en otros, como en el caso de la vuelta a la democracia, necesitás agentes para la democratización de la sociedad, y se piensa que la comunicación es el lugar para eso.

Más adelante, en los ‘90, está para mí el inicio del proceso que estamos viendo hoy, y tuvo que ver con la Ley de Educación Superior (LES). Fue un proceso inédito hasta ese momento, que generó lo que hoy tenemos en las carreras: una suerte de giro interno. Con esto me refiero a profesionales que ejercen la profesión ya no “afuera” sino en la academia, cuya experiencia y antecedentes para ser titular de cátedra, investigador o investigadora es la propia academia. Eso que hoy nos parece normal -el modo en que se construye el conocimiento, en que se consolidan las cátedras, en que se arman los proyectos de extensión, de investigación y demás, todo de manera intraacadémica- no fue siempre así.

Antes de la LES, la lógica general, especialmente en las carreras de comunicación, era la de gente que trabajaba con la comunicación fuera de la universidad y que llegaba a la academia interpelada por el fenómeno comunicacional. Por eso la UBA hablaba de la comunicación como un fenómeno, como un campo de estudio, más que como una disciplina propia.

Por otro lado, está la lógica de lo que en su momento denominé la “industria académica”, que es la validación de lo intrauniversitario. Por ejemplo, se puede contar con experiencia en múltiples investigaciones en estudios de audiencia (por fuera de la universidad, en distintas organizaciones), pero si no se certifica una investigación validada por el circuito estandarizado de instituciones de investigación académica, no se considera investigador o investigadora a un profesional. Pero la comunidad académica que trabaja con las condiciones y lógicas de este sistema nunca validó su actividad -para saber si las investigaciones son valiosas o no- con la comunidad que ejerce la profesión en ámbitos no universitarios. Esto tal vez en otras ciencias sí pasa. Por ejemplo, en bioquímica, si se genera una vacuna en el laboratorio, en algún momento se chequea su utilidad, su efectividad. En el caso de la comunicación, la mayor parte de las investigaciones no salen de la academia. Las editan las propias universidades, las lee la propia gente del campo comunicacional y toda esa industria interna del conocimiento tiene una lógica que hoy siente una nueva interpelación.

La actual es la de la internacionalización, los créditos y el cambio de planes llevados a cuatro años. Es como un nuevo marco en el cual tenemos que poner el conocimiento

que tenemos. Pero la academia fue transitando otras interpelaciones similares de la misma manera: haciendo un inventario de lo que tenía y ubicándolo en los casilleros que se le imponían. Entonces, nunca hubo grandes cambios en el enfoque acerca de cómo pensar la formación y el perfil profesional laboral. Aunque sí hubo muchos cambios de planes de estudio. En los '90 y en los 2000 también, y se definían a partir de la demanda de un determinado tipo de comunicador. Pero dentro de una misma lógica.

En la sociedad de los '90 fue el boom de la comunicación institucional, publicitaria o de las relaciones públicas. Recordemos que, hasta ese momento, comunicación había sido sinónimo de periodismo, y era necesario aclarar que se estudiaba comunicación y no periodismo. Después, en los 2000, casi todos los cambios de planes de estudio estuvieron más orientados a la producción. Se empezó a considerar más el campo audiovisual, el campo de las industrias culturales.

Entonces, estas interpelaciones acerca de qué tipo de comunicador buscamos, siempre son respondidas desde un mecanismo que se mira a sí mismo, la academia, pero no mira ese mundo al que tiene que responder.

Y eso, para mí, es el gran problema histórico de las carreras de comunicación en su consolidación. Hoy esta interpelación vuelve a traer al tapete esa vieja escisión entre quien hace comunicación y quien analiza la comunicación.

En tu recorrido investigativo ¿cuáles fueron los hitos más significativos y cómo dialogan con las transformaciones actuales?

Gabriela Cicalese: En la vuelta a la democracia se hablaba de comunicación social y tenía que ver con un enfoque que trascendiera a los medios. Allí se inició la conformación de las áreas de comunicación y salud, la mirada de una comunicación más territorial, lo que luego se consolidaría como la comunicación popular y comunitaria. Todo eso es a partir de los '80 democráticos. Luego viene el boom de la comunicación institucional, antes de la Ley de Educación Superior de los '90. ¿Y por qué es importante esto? Porque después de la LES a partir del año 2000, el foco pasó a ser el generador de contenidos, el comunicador- productor, no tanto el comunicador gestor de procesos comunicacionales, sino el productor de contenidos ya sea desde una mirada del periodismo militante o desde una cuestión más ligada al mercado: community manager y demás.

En esa línea, en cuanto a cómo dialogan esos hitos con las transformaciones actuales, hoy tendríamos un cierto retorno a la idea del comunicador como el que persuade, el que resalta, el que logra "likes", el que intenta liderar en un mundo lleno de estímulos, de hiper-estímulos, el que logra destacarse. Si en su momento no había tanta provocación tecnológica, hoy hay una saturación tecnológica, y en cualquiera de los dos contextos está esa necesidad de buscar a alguien que se diferencie y marque un porcentaje de diferencia entre una y otra cuestión. Eso es lo que se busca hoy.

¿Cómo se vinculan esos hitos con el SACAU? ¿Qué continuidades y rupturas observás entre esos momentos y el presente?

Gabriela Cicalese: Creo que lo que hoy propone el SACAU no es muy distinto, en términos estructurales, a lo que proponían otras coyunturas históricas. Se trata de adaptar los contenidos a una demanda externa, a una cuestión de mercado no solo laboral/profesional, sino también a un tipo de modelo de opinión pública y de diálogo con el sistema social. Siempre se pensó, desde CIESPAL en adelante, a periodistas, comunicadores y demás como agentes de la transformación social. Y hoy el SACAU, en ese sentido, busca inmediatez, rapidez, falta de solidez en determinados pensamientos y demás. Algo muy propio de un momento coyuntural de eficientismo. Así que, si bien las interpelaciones obviamente son nuevas, hay un acortamiento de los tiempos entre el antes y el ahora.

Observás un momento en el que construimos académicamente un campo muy fuerte. Entonces a partir de la implementación del SACAU , y en el caso particular de la formación en comunicación, ¿estaríamos dando respuesta al campo profesional laboral por fuera de la academia? ¿O de qué modo nos interpela ahora esta cuestión?

Gabriela Cicalese: Yo creo que siempre hubo demandas del sistema político, social, macrosocial e internacional hacia la universidad y hacia las carreras de comunicación, cada una con las características de su tiempo. Lo que pasa es que nos interpela porque estamos transitando este momento. Pero si miramos la propuesta de los ‘90, lo que referí sobre la Ley de Educación Superior, ¿cuánta gente investigaba en ese momento? Muy poca. Y después de la LES, cuando necesariamente había que ser docente e investigador, el docente a secas quedó menospreciado, subvalorado, porque el sistema pedía otra cosa.

Algo similar pasa hoy con las cuestiones tecnológicas. Como docente, hoy te acercás a la tecnología porque tus estudiantes van a necesitar ser comunicadores y comunicadoras en el campo tecnológico, y hay una interpelación tecnológica que solicita construirse en una determinada habilidad. Entonces estás como corriendo “de atrás” en la formación. Y aquí viene la pregunta acerca de si la universidad tiene que dar respuesta a estas interpelaciones. Y ese es otro nivel de debate, más ético. Pero supongamos que nuestra respuesta es sí, que tenemos que dar la respuesta: ¿tenemos la formación profesional para eso?

¿Cuáles son los cambios particulares que, en el contexto de la implementación del SACAU, considerás que serían los más relevantes para la formación de los estudiantes?

Gabriela Cicalese: Hay algo que aprendí de la tecnología en mi actividad profesional fuera de la universidad y es que hay un gran desafío: enseñar a leer escenarios, por-

que no se sabe cuál es el escenario al que se van a enfrentar los estudiantes dentro de cinco años cuando se gradúen.

Entonces, hay claves de lectura que nos brindan algunos de los autores clásicos de la comunicación, como McLuhan o Watzlawick. Frente a otros investigadores que analizan solo la coyuntura, los clásicos nos dan elementos para poder pensar también cuando la coyuntura cambie. En cambio, los que analizan la coyuntura son andamiajes que quedarán viejos ante nuevos escenarios, porque las cosas que aparecen en los escenarios actuales intentan explicar la coyuntura.

Entonces necesitamos andamios teóricos suficientemente sólidos y suficientemente permeables para que nos abran a los nuevos escenarios. Eso me parece fundamental, y eso no lo tenemos.

¿Creés que la implementación del SACAU puede introducir cambios específicos en la organización actual de la formación en Comunicación? ¿Genera tensiones con lo construido hasta ahora? ¿Qué oportunidades abre?

Gabriela Cicalese: La cuestión de los créditos supone una internacionalización, pero también una misma unidad de medida, que tiende a homogeneizar los sistemas. En un mundo de conocimientos fragmentados, esto podría ser tomado como una interpelación a un debate superador: ¿qué cuestiones son intransigentes en nuestra formación?, ¿qué créditos son básicos?, ¿qué contenidos o pilares se vuelven intransigentes, más allá del "elige tu propia aventura", que también es otra de las perspectivas que propone el sistema de créditos? Es decir, qué cuestiones son nodales o intransigentes y qué contenidos, formaciones, trayectos y actitudes básicas entendemos que tiene que tener alguien para poder egresar con un título vinculado a la comunicación.

Sin embargo, en esto que hablábamos antes, y que también conecta con lo que trabajé en mi tesis, que es la distribución de bienes escasos -por ejemplo, el tiempo-hay un nuevo dilema y es a quiénes y a qué le vamos a dar lugar. Por un lado, está cada vez más esta interrelación entre cátedras, espacios formativos e investigación. Hay investigadores a cargo de seminarios, de cátedras, de espacios muy vinculados a una cuestión fragmentaria, específica de la línea concreta de investigación de la que están a cargo, y que transforman ese espacio curricular en una continuidad de esa perspectiva muy específica. Y, a la vez, tenemos cada vez menos tiempo con nuestros estudiantes. Entonces, ¿cómo hacemos para que ese conjunto de especificidades logre interpelar algunos debates centrales del campo, más allá de la actualización? ¿Cuáles son esos pilares filosóficos y epistemológicos que no deberíamos soltar? Y no parece que la implementación del SACAU dé mucho lugar a esto.

¿Qué otros desafíos estás viendo?

Gabriela Cicalese: El otro es, para mí, una modalidad pedagógica nueva, que es salir del lugar de comunicólogo, de esa construcción identitaria que realizan los egresados

de algunas universidades públicas. Frente a eso están quienes se denominan comunicadores y comunicadoras. Y yo creo que hoy por hoy -no importa cómo se denomine el título- estamos formando más comunicólogos que comunicadores. Estamos formando más personas que analizan la comunicación y menos profesionales que produzcan y gestionen los procesos y las prácticas comunicacionales. Y ese desafío implica también abrir la universidad al afuera, permitir que se contamine de las prácticas.

El tercer desafío, más interno, dentro de las aulas, es volver a algo que trabaja la educomunicación: solo hay aprendizaje cuando hay palabra vital de quien está estudiando. Es decir, cuando alguien puede expresar realmente su inquietud en el contexto del aula y se lleva algo que le modifica la práctica. Ese tipo de experiencias vitales parece que están cada vez menos en la universidad. Es necesario que los contenidos, lo que damos en las aulas, hagan sentido en los estudiantes.

Cuando decís que estamos formando más comunicólogos que comunicadores, ¿qué demandas profesionales no están siendo atendidas?

Gabriela Cicalese: Yo daría vuelta la pregunta y diría ¿qué demandas profesionales están siendo sobreatendidas? Como decía antes, hay una demanda profesional de volver a ese estilo de comunicador o comunicadora capaz de persuadir, de resaltar, de construir story tellings novedosos en medio de un mundo hiperconectado e hiperestimulado. Y para eso hay algo que se ve mucho, que es que se analiza la comunicación en clave de estímulo-respuesta, por ejemplo, como hay discursos de odio en determinados sectores a partir de determinados bots, y entonces la gente piensa de determinada manera. Pero no solo se analiza así, sino que, si eso es cierto, eso habilita también a que quienes manejan esos mecanismos puedan lograr ese estímulo-respuesta. Y ese mecanismo me parece una falta de complejidad, o una falta de percepción de la complejidad de los procesos sociales, una falta de apertura, una falta de gimnasia en mirar un mismo fenómeno desde distintas perspectivas.

Creo que hay una demanda social, sociocultural de época, que es la posibilidad de habilitar diálogos entre distintos sectores sociales que no se hablan entre sí, porque están cada vez más maniqueamente distanciados. Y hay una cantidad de saberes que podríamos pensar desde la comunicación que creo que podrían habilitar eso.

¿Qué evidencias observás en lxs estudiantes o egresadxs?

Gabriela Cicalese: Hay algo así como una cuestión endogámica donde los mejores graduados siempre quedan, de algún modo, vinculados a la propia universidad. Y, en cuanto a qué evidencias se observan de egresados o egresadas más analistas que comunicadores, creo que las instancias que hay en la universidad para seguir carrera internamente tienen más que ver con el análisis, y eso deja de lado algunas validaciones de experiencias muy ricas que pueden darse en clave del hacer. Incluso hacia adentro de la universidad: pensar medios universitarios que efectivamente interpelen -algo

que pasa en algunas universidades, pero no en todas-, que efectivamente tengan un lugar en la agenda pública local, regional o nacional, o que puedan efectivamente interpelar esa agenda. Porque para eso, me parece, hay que salir y preguntar qué es lo que a la gente le interesa, y eso es lo que no estamos haciendo.

Mencionaste que habías asesorado a varias carreras en los cambios de planes de estudio. En ese sentido, ¿cómo se estuvieron pensando en ese momento, si es que se pensaron las trayectorias estudiantiles?

Gabriela Cicalese: En los procesos de cambio de planes siempre hay tres instancias distintas. Una es la demanda. Si no hay una demanda de la comunidad en general de que algo hay que cambiar, probablemente no pensemos en ningún cambio. Esa es la primera.

La segunda es, en general, un momento de debate en el que aparecen estudiantes reclamando cosas. También aparecen docentes reclamando por las trayectorias estudiantiles. En ese debate, cada quien tiene su plan, su arquetipo de plan en la cabeza, y hay mucha expresión, pero muy poca permeabilidad a la escucha en esas instancias. Se sientan a debatir por áreas, por grupos, por las materias de primer año, por quienes trabajan en el egreso. Hay instancias de puesta en común, pero después, según las experiencias que yo tengo, hay poca escucha. Quienes finalmente toman las decisiones recuperan dos o tres demandas para frenar las tensiones y los conflictos. Nosotros, en la universidad, estamos teniendo mucho miedo a la disidencia, mucho miedo a la cuestión interna, mucho miedo a pensar distinto. Entonces, hay espacios de apertura, pero no necesariamente de síntesis.

Y entonces se termina diciendo “bueno, la mayoría dice tal cosa, listo”, y no importa una minoría que puede estar presentando algo nuevo, distinto, que genera conflicto.

Entonces, quizás eso sería algo a tratar si tuviéramos que pensar en políticas de acceso, permanencia y egreso, que pueden estar o no sistematizadas al interior de una carrera, en el marco de una facultad o de una universidad.

¿Hacen mella, o hicieron mella hoy o en los últimos tiempos, los resultados de las experiencias y de las investigaciones en el campo educativo, desde lo pedagógico?

Gabriela Cicalese: Yo creo que, en el fondo, interpelan las condiciones materiales en las que desempeñamos nuestra tarea docente, las condiciones laborales y ciertas políticas institucionales y pedagógicas que es necesario implementar. No todos los docentes están dispuestos a dedicar el tiempo y el esfuerzo que requiere implementar políticas o programas que apunten a garantizar la calidad educativa. Y también están las condiciones materiales de los propios estudiantes, por ejemplo ¿cuánto tiempo le dedican los estudiantes a una carrera? Creo que esas condiciones necesariamente atraviesan las buenas intenciones de las políticas.

Con respecto a las trayectorias estudiantiles que pudiste observar en tu análisis de la creación de carreras de comunicación y lo que se puede observar hoy, tanto en los cambios que traiga el SACAU como en las ofertas de formación a distancia en áreas específicas de la comunicación, ¿hay transformaciones en esas trayectorias que se materialicen de manera evidente? ¿Cuáles son? ¿Hay investigación sistematizada sobre ese tema?

Gabriela Cicalese: Yo creo que el SACAU viene a extremar problemáticas que vemos o que escuchamos cotidianamente en nuestras aulas. La primera es que nos lleva mucho tiempo llegar a un mínimo de comprensión lectora, de escritura académica, de reflexión sobre la Historia y de saberes previos, porque hay una crisis en el sistema de enseñanza media que es cada vez más evidente. Entonces, ese tiempo que nos lleva el ingreso a la vida universitaria nos quita tiempo específico. Por otro lado, hemos resignado algunas cuestiones de integración final en función de la necesidad de tener cada vez más egresados más rápidamente. Y aunque creativamente transformamos la antigua tesis en otras modalidades de trabajo final, a veces cuesta lograr esa integración. Por otro lado, está la cantidad de tiempo. No solo el tiempo que, con los créditos, pasa al trabajo autónomo y no es tiempo de interacción con estudiantes, sino también el tiempo real que podemos dedicar tanto nosotros como docentes que tenemos muchos empleos para poder sostenernos, como los propios estudiantes, que trabajan, pero que también están condicionados por otra cantidad de hiperestímulos y no tienen ese nivel de horas en la biblioteca que -cuando nosotros estudiábamos, quienes no trabajaban- teníamos como práctica social. Hoy hay una atención más dispersa. Y cuando algo viene a reducir tiempos, aunque se necesite más tiempo para la adaptación, más tiempo para el tránsito y más tiempo para el egreso, es un conjunto de situaciones difícil de abordar, por esto que hablábamos de los bienes escasos. Entonces, pienso, ¿como docente en dónde enfoco? Tengo dieciséis semanas. Sé que las dieciséis semanas de un cuatrimestre nunca son tales, por los paros, algún feriado o alguna semana de actividades extracurriculares, que también es importante que nuestros estudiantes transiten. Entonces, en ese recorte, ¿qué priorizo? Todo el tiempo estamos siendo interpelados por este tema.

¿Cómo se reconfiguran las trayectorias estudiantiles en la educación a distancia?

Respecto de la educación a distancia, puedo hablar desde mi experiencia laboral, no lo abordé en mi tesis. Comencé a dar comunicación a distancia en el año 2000, en La Crujía, donde tuvimos la primera tecnicatura de comunicación a distancia del país, que además fue la segunda, entre todas las disciplinas, en tener su normativa para dictarse a distancia en la Ciudad de Buenos Aires. Era un momento en el que se pedía un correo electrónico como requisito obligatorio para poder cursarla, y tuvimos que ayudar a generar una cuenta de correo a mucha gente que se acercaba a inscribirse, porque ni siquiera eso estaba difundido. No existía el Moodle ni nada de lo demás. Después

trabajé en la Escuela de Maestros, que antes se llamaba CePA, capacitando docentes. Y, finalmente, en la carrera que dirijo actualmente, que es de comunicación a distancia.

En general, una de las primeras cosas que vemos es que la gente de más edad se siente más cómoda con el sistema a distancia. No por un tema tecnológico de acceso, que en general es de fácil navegación -y podríamos decir que sería al contrario, si siguiéramos un prejuicio cotidiano sobre la tecnología-, sino por cierta exigencia de autonomía del sistema a distancia, especialmente del asincrónico, que es como efectivamente se plantean los cursos a distancia: se tiene allí una cantidad de material, una cantidad de videos de los docentes y una cantidad de ejercitación para hacer. Hay que tener una cierta regularidad autoimpuesta para poder seguirlo. Lo que notamos es que, en general, los estudiantes más jovencitos demandan una interacción más permanente, más sincronía, más clases de consulta, más contacto directo, más acompañamiento.

Por otro lado, hay una hipernecesidad de evaluar todos los contenidos, porque hay un registro de que aquel contenido que no retomamos en alguna instancia de evaluación -cualquiera sea: producción de textos, lectura, resonancia en un foro y comentarios- no se registra como aprendizaje. No es necesaria una evaluación en clave de "te pongo una nota", pero sí sé que lo que no se vuelve a trabajar con una determinada exigencia, en general, no se fija como aprendizaje. En muy pocos casos se nota si, a pesar de ello, se transitó o no. Aunque se pueda decir en alguna clase "como vimos en el material de tal...". Así que la distancia requiere una cantidad de saberes actitudinales de la propia organización del estudio. Y, en ese sentido, el SACAU también propone una cantidad de horas autónomas que no sé si tienen que ver concretamente con nuestro perfil de estudiantes.

Si tuvieras que señalar una prioridad para la formación de comunicadores y comunicadoras en los próximos años, teniendo en cuenta estos cambios, ¿cuál sería esa prioridad y por qué?

Gabriela Cicalese: Para mí, la principal prioridad es volver a incluir profesionales de la comunicación en la formación, porque hay algo del hacer en comunicación que sigue siendo disputado. Si como carrera querés enseñar a producir programas de radio, lo mejor que te puede pasar es entrar a una radio y encontrar un buen productor o productora que te explique cómo hacerlo, y no un manual que sistematizó un docente que tal vez nunca pisó una radio. Y así con distintas habilidades profesionales. Yo creo que las habilidades de un comunicador universitario no son solo el análisis, sino especialmente el hacer, y que para el hacer hacen falta saberes que solo te da el hacer, que no te los da el haber analizado lo que hicieron otros.